



Habitar en la quebrada. Resiliencia urbana y lenguaje de patrones en Valparaíso, Chile

Living in a ravine. Urban resilience and a pattern language in Valparaiso, Chile

Omar Cañete Islas*

Fecha de recepción: 06 de junio de 2017

Fecha de aceptación: 15 de diciembre de 2017

Resumen

Dada la complejidad de los procesos de asentamiento urbano vernacular en Valparaíso, Chile, es que se hace necesario desarrollar modos integrados de comprensión y análisis de la realidad, que incorporen dicha complejidad. En el presente artículo se realiza una revisión teórico-metodológica de dos enfoques teóricos que permiten una aproximación y comprensión al problema del habitar de Valparaíso y la formación de tejido urbano, sus lazos sociales, y carácter vernáculo tan característico: por un lado, la noción de lenguaje de patrones de habitabilidad de Alexander y, por otro, la noción de resiliencia urbana, con los cuales se articula un marco de estudio más integral que caracterice, describa y comprenda tal complejidad. Se revisan algunos estudios y sus consecuentes criterios de análisis, los que describen el habitar vernáculo propio de esta ciudad y sus alcances.

Palabras clave: asentamiento vernacular, quebrada, resiliencia urbana, Valparaíso.

Abstract

Given the complexity of the processes of vernacular urban settlement in Valparaíso, Chile is that it is necessary to develop modes of understanding and analysis of reality that integrate this complexity. In this article, a theoretical-methodological review of two theoretical approaches that allow an approach and understanding to the problem of inhabiting Valparaíso and the formation of urban fabric, its social ties, and characteristic vernacular character is made. On the one hand, the notion of Alexander's language of habitability patterns and on the other, the notion of urban resilience, allowing a more comprehensive study framework that characterizes, describes and understands such complexity. Some studies and their consequent analysis criteria are reviewed that describe the own vernacular habitat in Valparaiso, allowing us an understanding of an integral recognition of their potential as risks, based on their own characteristics and of ravine nature.

Keywords: ravine, urban resilience, Valparaíso, Vernacular settlement.

* Filiación: Psicólogo, Universidad de Valparaíso, Valparaíso, Chile. Correo electrónico: ocanetei00@yahoo.es

Cómo citar: Cañete, O. (2017). Habitar en la quebrada. Resiliencia urbana y lenguaje de patrones en Valparaíso, Chile. *Revista de Urbanismo*, 37, 1-19. <https://doi.org/10.5354/0717-5051.2017.47987>

Introducción

La complejidad de los procesos de asentamiento urbano vernacular en Valparaíso, Chile, hace necesario el desarrollar de modos integrados de comprensión y análisis de la realidad que integren dicha complejidad. Estas visiones abarcan desde de la pertinencia política o no de tales asentamientos, su potencial crítico-discursivo con rasgos antisistémicos o de resistencia cultural a las políticas públicas o privadas, hasta la postura de quienes defienden su permanencia, adoptando una mirada poética de difícil asimilación y discusión, que crea una imagen de idealización de la pobreza y marginalidad.

En todos estos casos se logra invisibilizar, no comprender y olvidar el carácter no solo factual y cotidiano e histórico del habitar, sino sus rasgos como modos de vida y consecuente generación de lazos comunitarios, trazas urbanas, apropiación generativa del espacio y rica complejidad en dicho modo de habitar, describiendo, caracterizando y depurando y poniendo de relieve potenciales criterios de comprensión y estudio.

Ante esta insuficiencia de las miradas predominantes es que se justifica explorar y recurrir a planos de reflexión teórica que otorguen una red conceptualmente sólida a esta complejidad del habitar. Surgen como alternativa de lectura, las nociones de “resiliencia urbana” y la de “lenguaje de patrones”, de Alexander Ishikawa y Silverstein (1980), Alexander (2005) y Alexander, Schmidt, Hanson, Alexander y Mehaffy (2005) y Salingaros y Pagliardini (2010), propios del habitar vernáculo.

En el caso de la ciudad de Valparaíso, se plantea la pertinencia de estos enfoques para comprender aspectos particulares de los asentamientos y densificaciones en las quebradas, y su consecuente capacidad de estructurar un tejido urbano único, reconocible en su traza y modos de apropiación del lugar y arraigo al entorno.

En este marco, aparece como hipótesis subyacente, que la riqueza de los modos de habitar, constatables mediante observación y registro de la arquitectura vernácula, constituye un indicador de dinámicas de resiliencia y arraigo vernacular, sobre los cuales desarrollar levantamiento de datos, criterios y modelos proyectuales, así como propuestas constructivas. Además, este tipo de análisis permite allanar diálogos

interdisciplinarios, usualmente inexistentes en la reflexión contingente.

Metodológicamente, resulta pertinente no solo la vinculación conceptual, sino operativa de ambos planteamientos, además de esbozar algunas aplicaciones y definiciones operacionales para futuros estudios. En el presente artículo se discuten y desarrollan aspectos de congruencia y confluencia teórico-metodológica de ambos modelos y algunos estudios y criterios puestos en relieve, tales como traza urbana de Waisberg (1994), vida intraquebrada en Pino (2013a; 2014) o los gradientes de habitabilidad en Moraga, Cañete y López (2011).

Modelos de resiliencia urbana

Principios, alcances y expansión del modelo. El concepto de resiliencia tiene su origen en la psicología, y se refiere a la capacidad de los seres humanos a hacer frente a las adversidades, recuperándose y superando traumas y daños que la vida, en diferentes circunstancias y momentos, le hace enfrentar y padecer. En este sentido, se plantea como un modelo que intenta explicar y comprender cómo las personas se sobreponen a traumas, estrés y riesgos en un momento determinando recurrentes en su vida. Podríamos decir en una frase del destacado psicólogo del apego infantil, Boris Cyrulnik (2001) que la resiliencia hace que ninguna herida sea un destino.

Por otro lado, en su asimilación por parte de diversas disciplinas de las ciencias sociales, han aparecido posturas disímiles que han asociado el concepto de resiliencia con otros, a fin de hacer fructífera y extensiva su aplicabilidad. Destacan, por ejemplo, su aplicabilidad en el análisis de riesgo de catástrofes, donde se lo asocia con la capacidad de enfrentar y responder ante una catástrofe natural o social, por parte de los diversos actores e instituciones de un sector o región afectada, destacando como foco la noción de vulnerabilidad social (Organización de las Naciones Unidas, ONU, 2012).

Progresivamente el término de resiliencia se ha incluido y estudiado en relación con la capacidad de acción y reacción de los gobiernos locales para afrontar catástrofes, incluso elaborándose a nivel internacional, manuales, índices y rankings de las llamadas “ciudades resilientes”. Destaca en esta línea el uso del concepto en

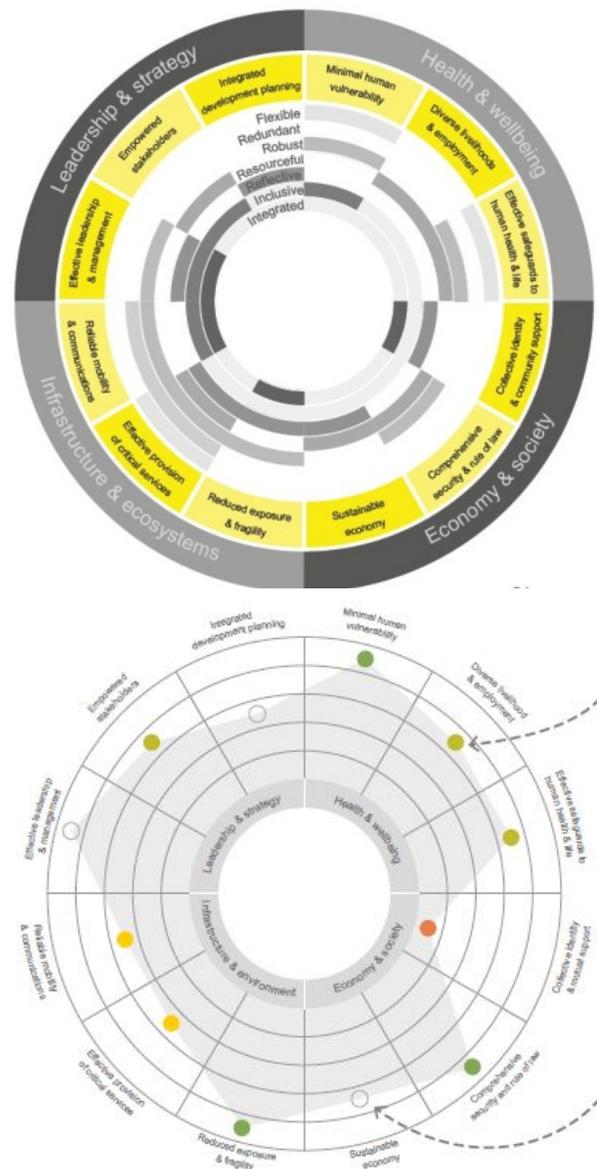
función de dimensiones tales como la salud y el bienestar, la economía y sociedad, infraestructura y medio Ambiente, y liderazgo y estrategias, de donde derivan diversos objetivos e indicadores internacionales (ONU, 2012). También sobresalen modelos de resiliencia urbana, tales como el llamado Método HAZUR (Urban-Hazards-Analyse) que postula una relación entre resiliencia y diseños estratégicos en red. Este modelo se aborda como:

... una composición de herramientas de análisis estratégico, análisis de riesgos y de respuestas, con el ideal prospectivo de constituir ciudades resilientes bajo el paradigma de las dimensiones urbanas, diseñadas para que funcionen como un sistema de redes interconectadas que faciliten gestionar el funcionamiento y el desarrollo de la ciudad de forma más sólida, eficiente y sostenible (Mallqui, 2013, p. 1).

Es así como la sistematización y modelos generados a partir de organismos internacionales como el caso de ONU (2012), permiten definir ciertas cualidades de la resiliencia urbana, vista desde la perspectiva de las capacidades sistémicas de la ciudad para dar respuesta a las adversidades, las que debieran ser:

- Integradas, es decir, que las respuestas incluyan la participación y opinión de las comunidades.
- Inclusivas, con alineamiento entre las comunidades y quienes toman las decisiones.
- Resolutivas, esto es, que tengan la capacidad de lograr diferentes objetivos, anticipando situaciones y priorizando en función de los recursos y realidades propias.
- Reflectivas, es decir, que puedan incorporar la incertidumbre de la vida contemporánea.
- Robustez y resistencia, aspectos referidos al buen diseño y manejo físico que permita prevenir y asimilar los daños cuando estos ocurren.
- Redundantes, lo que apunta a la capacidad de acomodar e integrar la disrupción y presiones extremas generadas por una demanda ante un daño reiteradamente.
- Flexibles, esto es, respuestas que tengan la capacidad de carga soportable de un sistema en circunstancias de cambio.

Según dicho modelo, estas características operan a nivel multiescalar, en relación con la capacidad de articularse a nivel intersectorial y donde destacan factores tales como: liderazgo y coordinación, por un lado, y planificación urbana y estrategia por otro. Un aspecto interesante de este modelo es que recién en este punto de la trama es posible asimilar la resiliencia urbana dentro planes y políticas estratégicas de desarrollo, con indicadores, puntuaciones y rangos según niveles, permitiendo generar y ordenar resultados sobre la base de perfiles para cada caso de ciudad analizada.



Figuras 1 y 2. Dimensiones del Modelo de resiliencia urbana, grupo ARUP.

Fuente: ONU, 2012.

Es así como progresivamente las ciudades pueden ir desarrollando sus capacidades reactivas no solo frente a las catástrofes, sino también en función de su planificación y viabilidad futura. Como diagnostica el destacado arquitecto Rahulb Mehrotra (2014), actualmente en muchas ciudades ocurre que “parte del problema es que la planificación se ha transformado en una actividad reactiva, que administra el crecimiento, pero que es incapaz de conducirlo hacia los objetivos que se quieren alcanzar como sociedad” (s/p).

Estas problemáticas acentúan la relevancia del concepto, ya que los asentamientos urbanos son la línea de vida de la sociedad, actúan como gestores económicos de las naciones y constituyen el ejemplo palpable de nuestro patrimonio cultural. La falta de atención a los factores resilientes ha provocado que las ciudades en general se hayan desarrollado impulsadas por vectores socioeconómicos que han promovido una urbanización metamórfica, soportando graves riesgos que tienen en común los déficits de las infraestructuras y la precariedad de los servicios urbanos básicos, que las hacen vulnerables en muy diferente grado.

Modelos de lenguaje de patrones de habitar

Alexander et al. (1980) plantean la noción de “pattern” o patrón para definir una configuración arquitectónica identificable que le otorga una cualidad particular al modo de habitar un lugar, integrándose arquitectónicamente en una concepción tanto proyectual, como teórica. Como señala el autor: “La ciudad, como totalidad, tiene un lenguaje. Y cada pequeña tarea edilicia dentro de la ciudad tiene su propio lenguaje” (p. 272).

El modelo tiene las siguientes características:

- concibe el ambiente habitado como una totalidad;
- esta totalidad es una unidad evolutiva que va cambiando según criterios operacionales de diseño;
- se estructura en función de niveles de complejidad.

Totalidad. Esto supone que la arquitectura debe ser pensada como una totalidad, donde

... la totalidad no es un criterio extrínseco, sino intrínseco. La totalidad de un sistema supone un proceso de consubstanciación con su propia

naturaleza, una forma de consistencia propia. Un sistema es total cuando uno lo es consigo mismo, y cuando todas las fuerzas que emergen de su naturaleza exclusiva están equilibradas ... (Alexander 1980 et al., p. 95).

Dicha totalidad presenta las siguientes características:

- Se da de una manera espacial y morfológica, según el ambiente natural de su entorno, el que se incorpora a la morfología del lugar, siendo casi una extensión integrada natural de ella. El medio ambiente construido genera un campo propio que expresa la incorporación tridimensional de la cultura. Así, cada cultura se expresa espacial y geoméricamente en todos sus niveles y dimensiones, desde las instituciones hasta las familias e individuos. Es por esto que “... las diversas formas culturales se expresan en la espacialidad del habitar, por lo que sus categorías quedan siempre definidas en el espacio, y cada una define una actividad o un lugar o una cosa y sus respectivos comportamientos humanos” (Alexander 1980 et al., p. 97).
- Pese a su precisión, cada patrón es una imagen fluida, que no violenta la singularidad de los diseños en los cuales aparece, que acepta variaciones, incluso levemente diferentes, de acuerdo con la manera en la que esté combinado con otros patrones. Por último, cada patrón es siempre aproximativo: cambiará y mejorará constantemente en forma acumulativa ante el impacto de nuevas evidencias. Así, Alexander et al. (1980) postula que los procesos vernáculos, van desde la aparición y configuración de patrones en un lenguaje, al embellecimiento de la estructura de patrones y, finalmente, hasta la aparición de los embellecimientos de los embellecimientos de los patrones originarios.

Evolución y diseño. Para que un lenguaje de patrones opere en la realidad, debe serlo de forma que todos sus habitantes estén activamente comprometidos en la evolución y en el uso de un lenguaje de patrones compartidos. Desde el punto de vista del diseño del habitar, esto trae ciertas implicancias significativas, como por ejemplo preguntarse ¿cómo puede evolucionar este lenguaje total, en particular, de manera que deje a cada

persona en libertad y no sumergida en una masa impersonal de información? Esto deriva en que los patrones de este nivel nunca pueden diseñarse o construirse de un solo golpe, sino que lo hacen mediante un crecimiento paciente y pieza a pieza, de tal modo que cada acto individual contribuya siempre a generar esos patrones mayores que, lenta y firmemente, crearán a lo largo de los años una comunidad dotada de esos patrones globales.

Lo anterior implica que, en la evolución y diseño de una ciudad, un lenguaje de patrón debe ser visto como expresión de una forma de vida, donde los diversos patrones y sus combinaciones permiten observar desde la complejidad de la vida, las características mínimas de habitabilidad en las diversas condiciones culturales de una ciudad y cómo estas se entrelazan formando un todo. Así, metodológicamente, operar desde la multiplicidad de patrones que se enlazan en un diseño proyectual equivale a concebir las relaciones como una red o tejido, donde: “Un lenguaje de patrones presente una verdadera estructura de malla [donde la red] ... va avanzando siempre desde los niveles mayores hacia los menores, desde los que crean estructuras a los que embellecen esas estructuras y después a los que embellecen los embellecimientos... De esta manera la secuencia debe captar toda la envergadura de la malla completa; siguiendo una línea que se hunde para subir de nuevo, en una trayectoria irregular, un poco a la manera de una aguja que recorre una urdimbre” (Alexander et al., 1980, p. 12”).

Proyectualmente, el estudio de estas relaciones entre patrones es, en buena medida, independiente del diseño mismo, pues diversos diseños pueden satisfacer o no, los patrones definidos. Esto da pie para el desarrollo creativo de modelos que sean capaces de integrar cualidades de habitar, a las que debe responder y ajustarse, donde cada lenguaje arrastra una estructura más amplia, llevando consigo a otros patrones más extensos y contribuyendo así a componer un todo. Por lo mismo,

... dentro del lenguaje más amplio es imposible que un acto no contribuya a formar el todo más amplio. Es imposible que un acto de construcción ocurra como un factor aislado; siempre se convierte en una porción de actos que contribuye a mantener el todo ... Cada lenguaje de patrones, del lenguaje más

amplio, puede ... contribuir al surgimiento de todos los demás patrones. Recordemos que cada patrón de un lenguaje está vinculado a los patrones que están por encima y por debajo de él. Así, por ejemplo, el patrón de terraza privada a la calle, ayuda a completar los patrones más amplios de la calle: calles verdes, jerarquía de espacios abiertos y terrenos comunes. Alexander et al., 1980, p. 275).

Otro ejemplo de ello se produce al considerar el nivel, propio del territorio más amplio, desde donde bien pueden estudiarse los nodos de integración de la ciudad, o parte de ella, en relación con su entorno, social y natural más amplio. Es el caso de la siguiente descripción del propio Alexander (1980) de un “lenguaje del límite de una ciudad”, donde se conjugan patrones de: interpenetración campo o bosque-ciudad; existencia de valles agrícolas; trama de calles rurales; áreas de transporte local; circunvalaciones; lugares sagrados, etc. Esta superposición de patrones, que articula nuevas configuraciones, supone un traslape funcional en las nuevas unidades emergentes fruto de las interacciones entre patrones cuando se entrelazan. Por ende, desde el punto de vista del diseño proyectual, implica identificar, aprender y modelar estos traslapes, en tanto constituyen un fundamento de la constitución del tejido urbano.

Niveles de complejidad morfológica en el lenguaje de patrones. Alexander et al. (1980) define tres niveles de complejidad dentro del continuo de una ciudad, abarcando desde lo urbano hasta la casa individual, pasando por el nivel barrial intermedio. Cada nivel agrupa diversos patrones según ciertos criterios que sirven para unir o conectar los niveles y patrones entre sí:

- Nivel 1. Lenguaje que define una ciudad o una comunidad. Son características globales que definen y describen una ciudad o comunidad en su entorno más amplio.
- Nivel 2. Define y da forma a grupos de edificios y a edificios individuales sobre el terreno o en tres dimensiones, vistos como una unidad. Este nivel corresponde a patrones que pueden diseñarse o construirse que definen los edificios individuales y el espacio entre ellos y, por ende, trata de patrones que están bajo control de individuos o pequeños grupos

de individuos, con capacidad para construirlos de una vez.

- Nivel 3. Lenguaje de patrones que definen y dan forma a los detalles de la construcción. Este nivel es el que permite integrar los espacios o esquemas aproximados de cada edificio con la idea o filosofía del arquitecto o constructor, y a esta con el contexto social al cual está orientada o destinada la construcción. En los últimos años esta visión de los patrones ha evolucionado en dos tipos de modelos de trabajo, buscando articular una formalización teórica, tanto ingenieril-urbanística, por un lado, como proyectual-arquitectónica por otro. Estos desarrollos corresponden a códigos generativos y a los modelos en red urbana.

Códigos generativos. Los diversos patrones, organizados como lenguaje –en jerarquías de complejidad morfológica en el territorio y lugar–, son la base proyectual de una lectura comprensiva y compositiva arquitectural. La unión y enlace de estos patrones individuales y conectados según atributos o sentido proyectual (planificados o vernáculo) produce lo

que Alexander (2005) y Alexander et al. (2005) denominan un código generativo, entendido como:

... un sistema explícito de pasos [donde] se define el producto final, no solo por medio de la especificación del final del producto en sí mismo, sino por medio de la definición de pasos que puedan ser usados para enriquecer el producto final ... [Ahora bien, estos pasos, articulados como un proceso] contribuirán a un adecuado desenvolvimiento del todo y delinearán la interacción de la gente conectada, de tal manera, que sus resultados puedan, con buena fortuna, llegar a ser un vecindario habitable (Alexander, 2000, p. 25).

En consecuencia, el estudio integrado de los patrones a diversas escalas de observación como un todo, hace que el diseño deba ser pensado como una trama o malla dinámica que actúa como verdaderos códigos genéticos, mediante la imbricación planificada de diversos patrones en un solo diseño, permitiendo una secuencia. A continuación se presentan algunos ejemplos de esta asociatividad generativa (Tabla 1) (Alexander et al., 1980; Salingaros y Pagliardini, 2010).

Tabla 1

Modelo de asociatividad generativa entre patrones

Caso 1: Configuración de patrones orientados a un “asiento ventana” (Nivel 3)	Caso 2: Criterios de reformulación de terrenos comunales (Nivel 1)	Caso 3: Casa unifamiliar (Nivel 2)
<ul style="list-style-type: none"> • Ventana zen • Lugar ventana • Asiento empotrado • Marcos como bordes engrosados • Ventanas que abran • Entrepaños pequeños • Luz filtrada 	<ul style="list-style-type: none"> • Niveles de actividad • Malla de senderos • Puertas urbanas principales • Vegetación accesible • Pequeña plaza pública • Lugares elevados • Terrenos sagrados • Locales públicos exteriores • Café terraza 	<ul style="list-style-type: none"> Tipo de familia Jardín semioculto Lugares-árboles Alas de luz Ala principal Gradiente de intimidad Áreas comunales al centro Cocina rural Secuencia de espacios de estar Taller doméstico

Fuente: Elaboración propia a partir de Alexander et al., 1980.

Esta asociatividad generativa de patrones serían los códigos generativos que actúan como un despliegue de cualidades que van estructurando un tejido vivo dentro de la ciudad.



Figura 3. Análisis de casos de estudio de un conjunto de patrones de habitabilidad, y relaciones y tramas entre estos, generados por asociatividad generativa, propuesto por Alexander, para la zona de Riverside, UK.

Fuente: Alexander (2005) y Alexander et al. (2005).

Como se puede apreciar, es la incorporación del sistema de relaciones físicas y culturales la fuente desde la cual se crea un diseño. Para los autores citados esto ha permitido plantear la tesis de un “orden generativo”, ubicándola dentro del desarrollo de los enfoques de la complejidad, con importantes aportaciones. Este planteamiento del orden generativo se preguntaría por la manera en que se debe pensar un sistema dinámicamente, esto es, cuáles son las formas a través de las que un todo orgánico y complejo, mantiene su integridad por medio de los cambios generados por sus propias transformaciones complejas. Más aún, cómo dicho conocimiento y sistematización puede ayudar al diseño arquitectónico de lugares.

Los modelos en red urbana. Tomando como referente la propuesta de Alexander (1980) de una articulación modular-jerárquica entre patrones, Salingeros (2000; 2010) intentará operacionalizar estos desarrollos, definiendo algunas propiedades sobre la base de su modelo de red urbana: conexiones y conectividad de jerarquías; coherencia global de la jerarquía en red; jerarquía fractal de la red, mediante la formación de tramas locales (*path*) basados en entramados que integran escalas mayores y menores (a modo de urdiembre o tejido). Desde el punto de vista de la interconectividad general de redes, Salingeros (2000) propone un modelo general del siguiente modo (Figura 4):

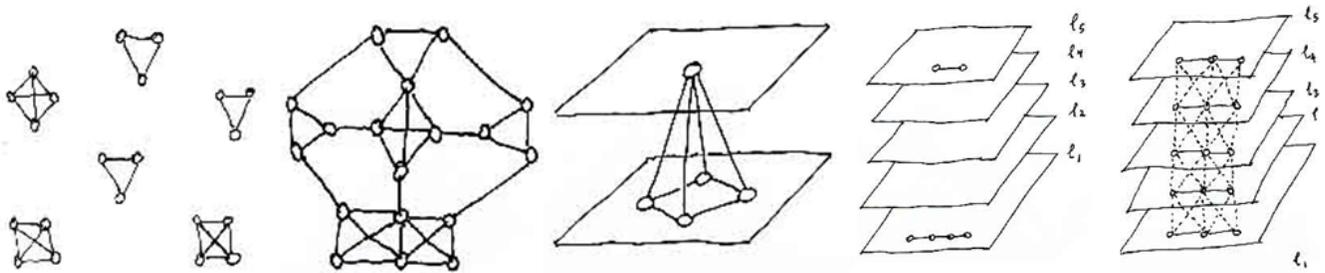


Figura 4. Modelo general de interconectividad jerarquizada de redes y nodos propuesto por Salingeros.

Fuente: Salingeros (2000, pp. 8-11).

Metodología

En este marco, aparece como hipótesis subyacente que la riqueza de los modos de habitar, constatables mediante observación y registro de la arquitectura vernácula, constituye un indicador de dinámicas de resiliencia y arraigo vernacular, sobre los cuales desarrollar levantamiento de datos, modelos criterios y proyectuales y propuestas constructivas.

A continuación, se desarrolla una ponderación crítica de ambos modelos en función de su pertinencia al estudio del habitar vernacular en Valparaíso, junto con revisar algunos estudios recientes en este sentido, para verificar cómo influyen en la generación de un paisaje y territorio humano propio.

Ponderación de modelos respecto a Valparaíso

Respecto del modelo de resiliencia urbana. El avance descrito no solo ha fomentado una creciente literatura e investigaciones, sino también críticas y ponderaciones al modelo (Metzger y Robert, 2013). Una de estas es, sin duda, la dimensión ideológico-instrumental que pudiera hacer de esta un mero funcionalismo. Como indican autores como Rebotier, López Peláez y Pigeon (2013):

En los últimos años, la noción de resiliencia ha alcanzado un notable éxito a escala global, tanto en los trabajos de investigación como en los lineamientos institucionales para la gestión de riesgo. Sin embargo, este éxito puede calificarse como paradójico, puesto que si bien su uso es cada vez más frecuente entre publicaciones académicas e informes de organizaciones internacionales, las acciones para hacerla operativa y la puesta en práctica del

fortalecimiento de la resiliencia, en la realidad, no resultan muy efectivos (p. 129).

Es así como respecto de esta dimensión ideológico-instrumental, propia del trasfondo funcionalista con que se ha asimilado el concepto, nos parece necesario revisar el término de resiliencia desde nociones como dialogicidad y especialmente el de reificación social, precisado desde un plano existencial valórico, que se hace de las comunidades que habitan en condiciones de vulnerabilidad social, para implementar cualquier política. Resulta interesante contrastar el término de resiliencia con conceptos propios de una noción dialógica y ontológico-moral, a la base de conceptos como los de reificación o reconocimiento social (Honneth, 2006) como un eje significativo de integración social. Resulta relevante señalar que, a diferencia de autores como Habermas (1990), quien destaca como elemento de cohesión e integración social una lógica de racionalidad instrumental movida por dinámicas exclusivas de interés material. Recordemos que para Habermas (1990):

... la síntesis a través del trabajo social ni establece un contexto lógico ni funda una unidad absoluta entre hombre y naturaleza. Al igual que sucedía en la percepción originaria de Kant, en el concepto materialista de síntesis se conserva la diferencia entre materia y forma. Claro está que las formas no son primariamente categorías del entendimiento, sino de la actividad objetiva; y que la unidad de la objetividad de los objetos posibles no se constituye en la conciencia trascendental, sino en la esfera funcional de la acción instrumental (pp. 42-43).

En contraposición, autores como Honneth (2006) se acercan más al marco dialógico que supone un reconocimiento existencial del otro y, en este sentido, la reificación aparece como algo mutuo e interaccional. En este punto, resulta pertinente la propia revisión crítica del concepto que realiza dicho autor, el que puede extenderse al concepto de resiliencia: “Del mismo modo que en las últimas dos décadas el concepto de reconocimiento se ha convertido en el núcleo normativo de una multitud de esfuerzos políticos emancipatorios, han crecido también las dudas sobre su potencial crítico” (p. 129).

Por todo lo anterior es que debe concluirse que “la noción de resiliencia no es uniforme y depende de quiénes la usan, del contexto en que se utiliza y del objeto y de la escala de análisis” (Rebotier et al., 2013, p. 129). En este sentido, debe siempre tenerse en cuenta que la resiliencia opera como un marco conceptual que involucra y reconoce diversos mecanismos paliativos y de auto-regeneración que se activan y despliegan, en respuesta a un daño o carencia que amenaza su integridad y existencia y que, como tal, emerge como condición que determina una dinámica estructural del sistema en estudio. Es en respuesta a esta carencia y deterioro que el sistema es capaz de activar otras habilidades y potencialidades no del todo dañadas, que le permitan no solo compensar dicho hándicap, sino que eventualmente desarrollar modos propios y creativos de adaptación y desarrollo. Por lo mismo, para una correcta aplicación del concepto, deben considerarse, caso a caso, las particularidades no solo de las variables en juego, sino de los modos en que son desplegadas y puestas en interacción dichas conductas resilientes. Como refiere Méndez (2013), resulta relevante un segundo tipo de resiliencia urbana, que denomina:

la *Resiliencia-B* —bastante menos analizada en la bibliografía disponible hasta ahora— se entiende como la capacidad de determinadas ciudades para resistir a crisis sistémicas de origen externo, pero reforzadas por ciertas debilidades locales, causantes de un proceso de declive a largo plazo que pone en cuestión su funcionalidad anterior, consiguiendo una transformación interna que permite su adaptación positiva al contexto imperante en la nueva etapa. No se trata, pues, de enfrentar un proceso tan destructivo y devastador en lo inmediato, pero sí de

hacerlo con otro que puede tener efectos aún más negativos en el largo plazo, generando un deterioro que afecta a múltiples aspectos de la vida urbana y acaba consumiendo la vitalidad de muchas ciudades, prisioneras de su pasado y carentes de un futuro viable. Sus corrosivos efectos se reflejan también a menudo en el aumento de las tensiones internas, tanto sociales como políticas, lo que dificulta aún más la búsqueda de soluciones compartidas (p. 219)

En el caso chileno, en general, pareciera que el concepto de resiliencia se ha incorporado lentamente dentro de la lógica prevencionista de catástrofes, dadas las experiencias reiteradas de terremotos, incendios, aludes, tsunamis que hemos sufrido en distintas regiones y lugares de nuestra geografía. Como señalan Villagra y Rojas (2013):

La importancia en tener claridad sobre el concepto de la resiliencia no es algo nuevo para ecólogos ni psicólogos, pero sí para planificadores, quienes se han enfocado en las últimas décadas en tomar medidas que apuntan principalmente a la sostenibilidad urbana post desastre, como en el caso chileno (p. 85).

9

En este estudio, las autoras encontraron que ninguna de las medidas dispuestas poscatástrofes costeras generadas por el terremoto del 27 de febrero de 2010, o recientemente en Coquimbo en 2015 (ambos de considerable magnitud) incluía zonificaciones que incorporaran el elemento del paisaje social, natural y urbano a sus propuestas de mitigación o relocalización. Como señalan las autoras al respecto: “De esta falencia surge la necesidad de explorar la resiliencia de asentamientos humanos chilenos afectados por terremotos y tsunamis en base a la elaboración de nuevas metodologías sensibles al contexto humano local, y que integren distintas dimensiones” (Villagra y Rojas 2013, p. 86). En este sentido, debe considerarse que este concepto deslinda con otros ejes conceptuales usualmente no contemplados, como:

- Resistencia versus plasticidad o flexibilidad adaptativa persistente en el tiempo.,
- Generatividad autoorganizativa del habitar versus sustentabilidad y externalidad de la apropiación del entorno.

- Diversidad versus complementariedad de los nuevos crecimientos y asentamientos.
- Integración-desintegración de tejidos urbanos, vínculos y redes alternas.
- Invisibilización institucional de asentamientos y procesos sociourbanos vernaculares versus reificación de los mismos.

Por lo mismo, no puede considerársele como un concepto autorreferente, sino más bien un concepto marco e incluso como modelo de trabajo integrativo, respecto de otras dimensiones analíticas. Es en este encuadre, donde parece relevante asumir el desafío desde la arquitectura centrada en el habitar de las comunidades, que se puede reflexionar en torno a este concepto y los propios modos de vida de habitar vernacular en general y propios del habitar en las quebradas, como se ha dado por más de un siglo, en el caso particular de la ciudad de Valparaíso, reconociéndolo no solo como una anomalía, sino en sus potencialidades y legitimidad como modo resiliente de asentamiento y habitabilidad.



Figura 5. Habitar en la quebrada de Valparaíso y Viña del Mar, se constituye en un modo resiliente de asentamiento.

Fuente: Elaboración propia.



Figura 6. Habitar en la quebrada de Valparaíso y Viña del Mar, se constituye en un modo resiliente de asentamiento.

Fuente: Elaboración propia.

Respecto del modelo de lenguaje de patrones e identificación de modos de habitar resilientes en Valparaíso.

En primer término, las consideraciones antes referidas no anulan el hecho de que la delimitación e identificación de un patrón y sus límites morfológicos requiere de una cualificación que dé cuenta de su carácter de lugaridad, habitabilidad, y conectividad con otros patrones, además de la potencialidad y apertura para nuevas conexiones, que le otorguen fuerza, consolidación a la red o, por el contrario, la debiliten, deterioren o desintegren. Por otro lado, las conexiones entre patrones, no necesariamente se articulan sobre la base de una discontinuidad morfológica articulada en su contigüidad. Es importante destacar la dimensión cualitativa y práctica que permite el lenguaje de patrones como marco teórico comprensivo, pues dimensiones como la conectividad (con diversos grados de jerarquización y fuerza entre las conexiones y niveles según sea el caso) o la coherencia morfológica de la red con la práctica social y modos de habitabilidad, deben ser considerados como marcos cualitativos y comprensivos. Por ejemplo, Salingaros (2000) describe como:

... patrones sociales de la vida familiar, tales como sentarse alrededor de una mesa, una comida, niños jugando con juguetes en el suelo, las plantas que crecen en macetas grandes, cocinar al aire libre en una parrilla de carbón, etc., puede ocurrir en un balcón solo si este tiene por lo menos seis pies (2 metros) de profundidad. Cuando un balcón se hace muy estrecho con el fin de seguir algunos cánones de

diseño arbitrario o simplemente para ser barato (lo que satisface los criterios de coherencia interna), no se conecta a los modelos sociales anteriores. Relación, en este caso, significa el alojamiento y la inclusión entre los patrones pertenecientes a dos lenguas diferentes (p. 13).

Siguiendo con esta descripción de código generativo, bien puede observarse esta asociatividad compositiva en el caso de Valparaíso, especialmente en los sectores altos de la ciudad como en sus quebradas, en diversos grados de consolidación. Por ejemplo, un patrón descrito largamente en la Escuela de Valparaíso en sus diversos talleres de arquitectura de diversas universidades, es la vista o extensión total o parcial al horizonte, que suele incluir porciones de mar y cerro, usualmente denominada también como “condición de anfiteatro natural”, el que se conjuga con otros patrones como ver cascada de tejados, tener una vista a la copa de árboles que crecen desde el fondo de quebrada, balcones que se conectan a los accesos de las casas desde afuera, como galerías interconectadas, que a su vez, quedan interconectados a jardines o patios de carácter comunitarios, desde los que se desprenden huellas y senderos entre las mismas agrupaciones multifamiliares, las que usualmente se encuentran en las laderas de cerros.

En muchos casos se observan también modos particulares de acceso a lugares naturales, pequeñas actividades microeconómicas relacionadas con el entorno natural, como los que describe Andrea Pino (2013a; 2013b; 2015) en su completo trabajo. Estas configuraciones que articulan el tejido urbano pueden ser alteradas por intervenciones como las carreteras de alta velocidad que impiden el acceso peatonal a zonas tipo miradores naturales previamente existentes; el uso de sectores aledaños, transformando el entorno en botadores de basura, con una consecuente proliferación de sitios eriazos, que configuran verdaderas heridas en el paisaje urbano, etc.

A este tipo de irrupción de intervenciones destructivas o debilitadoras de la jerarquía y redes entre patrones, Salinas la denomina genéricamente “antipatrones” (2000). Sin embargo, debe diferenciarse entre las situaciones destructivas propiamente tales, de las que corresponden a procesos de debilitamiento por la

presencia o consolidación de un nuevo tipo de patrones de relación (por ejemplo, cambios culturales), debido a ambivalencias de las relaciones entre patrones, deterioros parciales, pero bien integrados externamente, procesos de cambio o consolidación relativa, diversificación aún no integrada, entre otras razones, las que en su conjunto configuran diversos momentos en la evolución de un sector, que pueden ser representados como gradientes o texturas propias de la totalidad, en dinámica evolución.

Por otro lado, deben considerarse aspectos críticos a la hora de ponderar el modelo general, como el relativo al concepto de fuerza versus cercanía jerárquica en la relación jerárquica entre patrones. Para Salinas (2000), la fuerza del patrón parece estar en buena medida asociado a la dependencia jerárquica, asumiendo que la cercanía entre niveles le da fuerza a la conexión. Esta situación, bien pudiera contener algún grado de sesgo de la concepción escalonada de niveles, en tanto, en nuestra apreciación, muchas veces ocurre, como Alexander et al. (1980) describen cualitativamente, pliegues, solapamientos, gradientes y nudos entre niveles, tal cual como en una urdiembre, una hebra sube y baja por entre un tapiz, y solo se muestra evidente en tanto participa del diseño global de la configuración.

En este sentido, la geometría de una jerarquía debiera al menos evaluarse en algunos casos, modularmente, esto es, en qué medida es afectada por verdaderos pliegues y nudos (no solo nodos) entre niveles jerárquicos. Por ejemplo, en la situación antes descrita, la condición de anfiteatro y mirador natural que ofrece la bahía de Valparaíso (Nivel 1) desde distintas alturas o cercanías, tendría una alta fuerza y pregnancia, hasta cierto punto, independiente de la distancia jerárquica con otros niveles, con los cuales haga conexión un patrón concreto (por ejemplo, almorzar al lado de la ventana) (Nivel 3) produciéndose relaciones secundarias entre jerarquías. Esto, además de las diversas lejanías o cercanías jerárquicas, según sea el caso, de los diversos subniveles entre cada jerarquía. En este punto, es rescatable en la obra de Alexander, en tanto modelo general, lo que denomina diversos criterios de agrupación, interacción o afinidad entre patrones, dentro o entre cada uno de los niveles. Por cierto, pese a las condiciones de vulnerabilidad existentes, este modo de habitar puede ser entendido desde el punto de vista de

una resiliencia urbana, dada su persistencia y arraigo asociado, pero sin desconocer sus externalidades, dificultades y ambivalencias político-sociales.

También destaca el caso de los path en Valparaíso, los que pueden analogarse en buena medida, al estudio interconectado entre variables geomorfológicas (trazas, vientos, sistemas de quebradas-cerro por un lado), y unidades y variables de densificación y urbanización por otro (agrupaciones de viviendas, servicios, etc.). De la revisión existente destacan los siguientes elementos de interés territorial geomorfológico.

En primer término, destaca el trabajo de Waisberg (1994) quien identifica y describe las “trazas” como unidades morfológico-territoriales que organizan el crecimiento y densificación que se interna hacia los cerros, siguiendo generalmente una cota más alta o transversal entre los sistemas de quebradas y cerros (Galleguillos, Moraga y Cañete, 2017; Galleguillos, Moraga, Fernández-Valderrama y Cañete, 2017; Moraga, et al., 2011).

Otro elemento morfológico característico de los procesos de crecimiento y densificación han de ser las llamadas “agrupaciones de viviendas”, los que se suelen organizar en gradientes y texturas, pudiendo identificarse diversos path en este sentido, los que se desprenden morfológicamente por las laderas, conectando la cima y sus trazas, con los fondos de quebrada.

Similar situación, son los diversos caminos y huellas que conectan viviendas y calles en los sectores altos de Valparaíso, los que van siguiendo las alturas de las cotas como ejes de mayor densificación y que, a su vez, se van orientando desde y hacia las laderas y fondos de quebrada, conformando ejes secundarios y terciarios (laderas o lomas que se interceptan) de circulación y encuentro. Estas puedan engarzarse en la formación y desprendimiento de trazas o nodos de una misma red, en la medida que la pendiente sea menor o se allane, las agrupaciones adquieren formas más compactadas. Es así como las agrupaciones suelen estar delimitadas por conurbaciones internas (huellas o caminos) que envuelven y delimitan un sector de forma más o menos radial, en la medida que se engarzan al territorio, y este lo permite.

Finalmente, estos sistemas de crecimiento espontáneo y de apropiación del lugar suelen derivar, a

modo de externalidad, en la formación de microbasurales y un deterioro del fondo de quebrada, y la vegetación y en muchos casos, microecosistemas que allí existen, pese a que en algunos casos se han observado procesos de cultivo, esparcimiento y mejor cuidado de dichos lugares por parte de los habitantes. Se debe destacar, que justamente este deterioro del fondo de quebrada aparece como un factor de riesgo en la formación de incendios, dados los cauces de viento que se forman dentro de las quebradas especialmente en épocas de verano. Por lo mismo, estudiar los aspectos geomorfológicos en relación con los procesos de crecimiento espontáneo, aparece como una tarea de relevancia (integración de Niveles 1 y 3, de los modelos de Alexander). Para Alexander et al. (1980), esta etapa es un proceso que extrae el orden solo de la vivencia y sensibilidad experiencial. En consecuencia, el proceso de despliegue del diseño será posible en la medida en que se trabaje uno a uno, regulando la intensidad de cada patrón en el todo, para lo cual se sugiere ir trabajando paso a paso, patrón por patrón. Una vez identificados estos patrones, deben ser comprendidos como un todo dentro de un lenguaje de patrones. Este proceso puede ser representado como una trama o malla.

Pese a estas características únicas es posible, en buena medida, identificar patrones de habitabilidad en su irregular morfología, los que durante varios años de trabajo y sistematización, especialmente a partir de la observación guiada de alumnos y profesores durante las salidas a terreno han permitido identificar un sin número de estas configuraciones morfológicas de habitabilidad propuestas genéricamente por Alexander, de las cuales se muestran algunos casos (Figuras 7 a 12) que, en su conjunto, conforman tramas de habitabilidad que forman parte del arraigo vernacular patrimonial propio de Valparaíso (ver Moraga et al., 2011) y en este contexto particular, forman parte de cómo se ha ido domesticando la quebrada, de modo persistente y resiliente, a fin de mitigar los efectos, tanto de la ausencia de planificación, como de la falta de recursos propios y/ institucionales (Galleguillos et al., 2017).

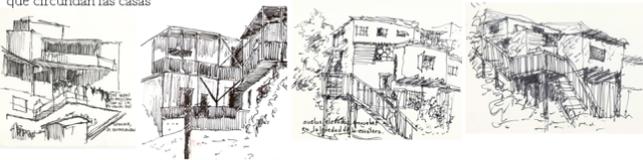
Vista fragmentada de casas alineadas.



Figura 7. Dibujos y croquis de alumnos y profesores que reconocen modos de habitar en los cerros y quebradas, Taller de Ciudad, carrera de Arquitectura.

Fuente: Elaborado por Taller de Arquitectura, 2° y 3° año, 2015. Universidad de Valparaíso.

Casas con escalas, galerías y balcones que circundan las casas



Vista de ladera (cerro o casas) abierta a extensión de cerro, ladera opuesta, hondonada y/o fondo de quebrada.



Figura 8. Dibujos y croquis de alumnos y profesores que reconocen modos de habitar en los cerros y quebradas, Taller de Ciudad, carrera de Arquitectura.

Fuente: Elaborado por Taller de Arquitectura, 2° y 3° año, 2015. Universidad de Valparaíso.

Vistas a esquinas en forma de quilla o crucero

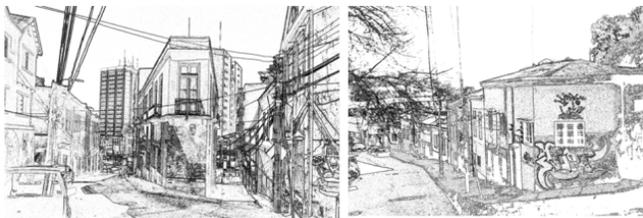


Figura 9. Dibujos y croquis de alumnos y profesores que reconocen modos de habitar en los cerros y quebradas, Taller de Ciudad, carrera de Arquitectura.

Fuente: Elaborado por Taller de Arquitectura, 2° y 3° año, 2015. Universidad de Valparaíso.

Agrupación de casas



Vista en cascadas de tejados o planos fragmentados de ciudad

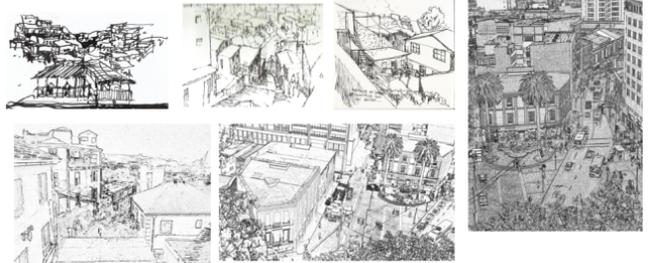


Figura 10. Dibujos y croquis de alumnos y profesores que reconocen modos de habitar en los cerros y quebradas, Taller de Ciudad, carrera de Arquitectura.

Fuente: Elaborado por Taller de Arquitectura, 2° y 3° año, 2015. Universidad de Valparaíso.

Vista fragmentada de casas alineadas.

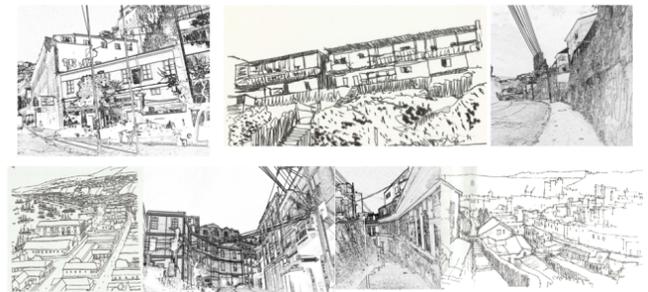
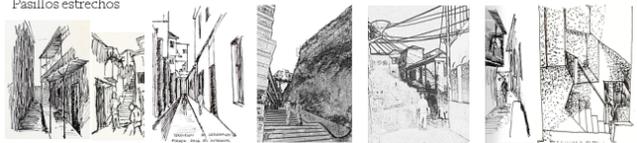


Figura 11. Dibujos y croquis de alumnos y profesores que reconocen modos de habitar en los cerros y quebradas, Taller de Ciudad, carrera de Arquitectura.

Fuente: Elaborado por Taller de Arquitectura, 2° y 3° año, 2015. Universidad de Valparaíso.

Pasillos estrechos



Vista en escorzo hacia el cerro.



Figura 12. Dibujos y croquis de alumnos y profesores que reconocen modos de habitar en los cerros y quebradas, Taller de Ciudad, carrera de Arquitectura.

Fuente: Elaborado por Taller de Arquitectura, 2° y 3° año, 2015. Universidad de Valparaíso.

Es importante destacar también otros patrones de habitabilidad tales como:

- Sistemas de huellas y senderos intraquebradas.
- Configuraciones calle-escaleras-patios comunes.
- Accesos comunitarios a la agrupación.
- Zonas familiares de uso común.
- Vistas comunes entre casas.
- Juegos infantiles con vista al mar.
- Canchas de fútbol comunitarias en los cerros.
- Formación de huertos familiares y actividades recolectoras en los bosques y quebradas.

Todo lo anterior confluye en la formación de trazas colindantes a una calle como la descrita por Waisberg (1994), que desde la cima se van desgranando en agrupaciones de casas usualmente multifamiliares, ocupando las laderas superiores a la cima y, desde ahí, hacia el fondo de quebrada.



Figuras 13 y 14. Sistemas de huellas intra-quebrada y conformación de trazas urbanas espontaneas.

Fuente: Moraga, Cañete y López, 2013 sobre la base de imagen Google Earth.

Resiliencia y habitar: formación de un paisaje vernáculo. Revisión de estudios actuales. Por otro lado, este concepto de resiliencia aplicado al plano de la realidad regional, específicamente al tema del habitar urbano en las quebradas y sectores altos de Valparaíso, opera como un rasgo distintivo y propio del habitar en la ciudad, que ayuda a conformar un paisaje urbano en sus propias condiciones sociales y geomorfológicas (Galleguillos et al., 2017; Moraga et al., 2011; Moraga et al., 2013). Pese a su cuestionamiento, también debe reconocerse su consolidación fáctica y potencial patrimonial de estos modos de vida y organización barrial familiar, a pesar de los riesgos reconocidos como los incendios, dada su precariedad material y territorial de emplazamiento. Lo anterior deriva en que es necesario trabajar con mapas dinámicos que permitan evaluar en el tiempo cómo estas variables son puestas en juego formando zonificaciones según gradientes de habitabilidad dentro de la quebrada.

Estos mapas deben entonces aparecer no solo cruzados por diversas tramas o capas, sino que además tienen que operar a escala, según cada quebrada, a nivel local.

Esto plantea las interrogantes no solo acerca de las posibilidades y pertinencia en su aplicación del concepto de resiliencia como indicador confiable y, por ende, referente de políticas sociales, sino especialmente desde una perspectiva metodológica, en relación a cómo identificar zonas de intervención asociadas al uso y habitar en el lugar, distinguiendo tanto factores de riesgo y consecuente debilitamiento, como la identificación de las conductas particulares, individuales y colectivas que fomentan su consolidación, a pesar de las carencias materiales que condicionan su existencia.

También resulta pertinente el desarrollo de modelos evolutivos de ocupación de la quebrada, donde destacan los trabajos de Andrea Pino (2013a; 2013b; 2015) que describen procesos de construcción progresiva asociados al crecimiento multifamiliar en quebradas de Valparaíso, haciendo un seguimiento de dichos procesos por varios años.



Figuras 15 y 16. Zonificación según gradientes de habitabilidad intraquebrada (destacada en zonas coloreadas) propuesta en sector de Rodelillo alto, en la conurbación interna entre Valparaíso y Viña del Mar.
Fuente: Moraga et al., 2011.



Figura 17. Diversos grados de densificación espontánea y consolidada van conformando el paisaje urbano propio de los sistemas de quebrada en Valparaíso. En este caso, la conformación y variabilidad del paisaje se observa en las diversas quebradas, siguiendo el camino de la bajada San Roque, desde el camino La Pólvara en la meseta hasta su empalme en Avenida Argentina, con el sector del Plan, en Valparaíso.
Fuente: Elaboración propia.



01-2010

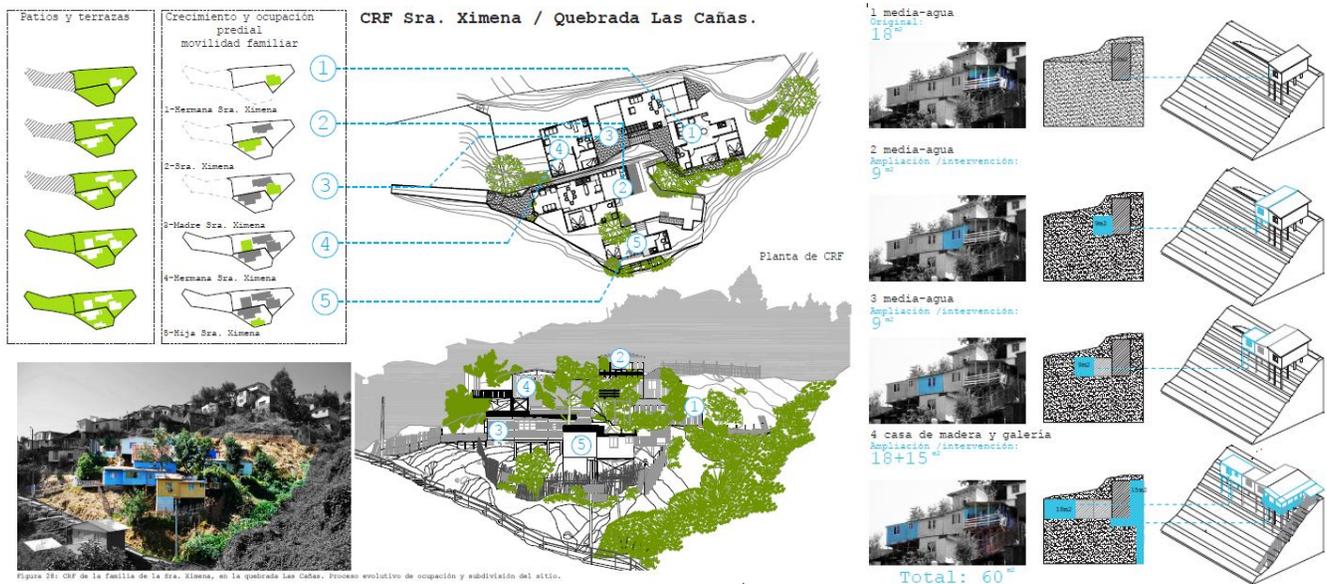
02-2012

04-2014

10-2014

Figuras 18 y 19. Crecimiento multifamiliar, casos estudiados en Cerro las Cañas.

Fuente: Pino (2013a; 2013b; 2015).



Figuras 20 y 21. Conjuntos Residenciales Familiares C.R.F.-Pérez, en quebrada El Litre. Proceso de ocupación evolutiva del sitio.

Fuente: Pino (2013a; 2013b).

Criterios de integración entre habitar y resiliencia.

Por último, se debe considerar en la discusión y generación de estos modelos integrados algunos elementos que aparecen como relevantes asociados al uso de quebradas, donde se pueden identificar conductas resilientes de habitar, como en otras situaciones, conductas de riesgo y vulnerabilidad, asociadas al carácter persistente de dicho habitar. Tradicionalmente se reconocen, los siguientes aspectos:

- **La descripción de la generación de soportes de redes familiares locales asociados a procesos de autoconstrucción.** Destacan procesos como la autoconstrucción, pero también la subdivisión y

ampliaciones como soluciones de habitabilidad, las que suelen estar sustentadas en lazos familiares y agrupaciones sociofamiliares dentro de un mismo sitio, o bien, en sectores cercanos o aledaños. Esto incentiva la formación y mantención de redes naturales de apoyo. Por cierto, lejos de una concepción romántica del comunitario barrial y familiar, esta dimensión está actualmente tensionada por los cambios en los estilos de vida, los que tienden a volverse más individualistas o demandante de servicios urbanos y donde los hogares se vuelven lugares dormitorio, dada la lejanía de los trabajos.

- ***El análisis de los procesos de formación de un paisaje habitado con rasgos identitarios y de arraigo.*** Sin duda el habitar en los diversos sistemas de quebrada y sus laderas genera patrones de habitar propios tales como la formación de vistas, sistemas de huellas y circulación, zonificaciones y traslapes vernaculares en el uso del terreno, etc., los que en muchos sentidos genera factores identitarios y de arraigo que permiten modos de habitar cultural con fisionomías patrimoniales.
- ***Comprender las relaciones y tensiones entre la construcción de paisaje urbano y los procesos de invisibilidad que se producen, tanto por parte de quienes habitan, como del resto de los actores sociales e institucionales.*** Por ejemplo, asociadas a los procesos de densificación espontánea se producen muchas conductas destructivas del entorno, tales como la formación de basureros y botaderos, degradación y mal uso del suelo, el agua, el fondo de quebradas, depredación de flora nativa y reemplazo por especies no endémicas o simple maleza, uso riesgoso e imprudente en zonas de mayor pendiente o riesgo constructivo, entre muchos otros elementos.
- ***La propia ubicación y condición geográfica de las quebradas respecto del centro de Valparaíso.*** Esto posibilita grados significativos de movilidad y circulación tanto dentro de la quebrada como fuera, relativas a la cercanía de centros de servicios, comercio e intercambio social de las zonas más céntricas o cercanas al plan u otros nodos específicos, pero al interior de las quebradas aún destacan trazas informales de circulación.
- ***Mecanismo regulador de los procesos de crecimiento, densificación y uso del suelo.*** Esto en la medida que se va produciendo un crecimiento natural de la ciudad, especialmente desde su centro, reconocido como el plan de Valparaíso, es que de modo progresivo la apropiación de sus terrenos ha ido absorbiendo las diversas quebradas y cerros, encontrándose en la actualidad en un proceso de vinculación con la llamada “conurbación de la meseta” interior con conformación de un anillo, vía camino las Palmas con la ciudad de Viña del Mar, en su zona interior y que abarca zonas límite exteriores, como Rodelillo, sectores altos de Playa Ancha y,

especialmente, el sector de Curauma, como límites de activo crecimiento y densificación espontánea, como el asociado a la propia especulación inmobiliaria.

Conclusiones

Gran parte de la discusión en los últimos años asociada con los incendios ocurridos en los cerros de Valparaíso se han centrado en la legitimidad y pertinencia política o no de tales asentamientos, o bien, en cierto carácter crítico-social relacionado con el potencial funcional de posibles rasgos antisistémicos o de resistencia cultural a las políticas públicas o privadas, trayendo como consecuencia la invisibilización, incompreensión y desconocimiento del carácter factual e histórico del habitar vernacular, junto con la eficiencia como generador de modos de vida y consecuente generación de lazos humanos, apropiación del espacio, formación de tejido y trazas urbanas que suponen una alta complejidad socioterritorial en dicho habitar.

Ante la insuficiencia de tales enfoques es que se justifica explorar y recurrir a planos de reflexión teórica que permitan una vinculación entre estos planos de complejidad del habitar. Surgen así alternativas de lectura como las nociones de resiliencia urbana y la de lenguaje de patrones propuestas por Alexander et al. (1980) y Salingeros (2000), propios del habitar vernáculo.

Por lo mismo, en este artículo, se ha tratado de analizar una arista o dimensión poco estudiada o atendida de los procesos de asentamiento vernacular, asociados con la denominada resiliencia urbana, por un lado, y la habitabilidad por otro, que dice relación con los procesos de generación de patrones de habitar, procesos autoconstrucción para dar habitabilidad y condición de lugar en las quebradas de Valparaíso. Tendiendo esto en consideración se propone el siguiente modelo general:



Figura 22. Modelo de comprensión de los procesos de resiliencia urbana propuesto por los autores.

Fuente: Elaboración propia.

Finalmente, esta propuesta asume que la factibilidad y pertinencia de la aplicación del concepto de resiliencia al estudio de ciudades como Valparaíso, en general, y el caso del habitar vernáculo propio, asociado con fenómenos de asentamiento y densificación sobre la base de autoconstrucción que se ha dado en las quebradas, en particular, pase por la comprensión de un reconocimiento integral de sus potencialidades, riesgos y características propias, no solo territoriales, sociodemográficas y económicas, sino también de aquellas que posibiliten el abordaje del problema propio del habitar en la quebrada 

Referencias

- Alexander, C., Ishikawa, S., y Silverstein, M. (1980). *Lenguaje de patrones*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Alexander, C. (2005). Unfolding of a community from a generative code. The riverside community of Strood. Recuperado de <http://www.livingneighborhoods.org/ht-0/archive.htm>
- Alexander, C., Schmidt, R., Hanson, B., Alexander, M. M., & Mehaffy, M. (2005). *Generative codes. The path to building welcoming, beautiful, sustainable neighborhoods*. Recuperado de <http://www.livingneighborhoods.org/ht-0/archive.htm>
- Cyrulnik, B. (2001). *Los patitos feos. La resiliencia: una infancia infeliz no determina la vida*. Barcelona: Gedisa.
- Galleguillos, X., Moraga, J. L., Fernández-Valderrama, L., y Cañete, O. (2017). La regeneración y habitabilidad en paisajes urbano vernaculares. El caso de Valparaíso. Recuperado de <https://idus.us.es/xmlui/handle/11441/57612>
- Galleguillos, X., Moraga, J. L., y Cañete, O. (2017). El paisaje cultural de Valparaíso. Tramas de habitabilidad. *Revista HACER Región*, 6, 145-165.
- Habermas, J. (1990). *Conocimiento e interés*. Barcelona: Taurus.
- Honneth, A. (2006). El reconocimiento como ideología. *Isegoría*, 35, 129-150. <https://doi.org/10.3989/isegoria.2006.i35.33>
- Mallqui, A. (2013). ¿Resiliencia urbana o ciudades resilientes? Recuperado de https://amallquis.files.wordpress.com/2013/04/articulo_resiliencia.pdf
- Mehrotra, R. (2014). *Planes para una ciudad resiliente*. Recuperado de <http://www.quepasa.cl/articulo/actualidad/2014/04/1-14253-9-planes-para-una-ciudad-resiliente.shtml/#>
- Méndez, R. (2013). Estrategias de innovación para el desarrollo y la resiliencia de ciudades medias. *Documents d' Anàlisi Geogràfica*, 59(3), 481-499. <https://doi.org/10.5565/rev/dag.60>
- Metzger, P. y Robert, J. (2013). Elementos de reflexión sobre la resiliencia urbana: usos criticables y aportes potenciales. *Territorios*, 28, 21-40. Recuperado de <http://revistas.urosario.edu.co/index.php/territorios/article/view/2550>
- Moraga, J. L., Cañete, O., y López, F. (2011). Modelos de densificación según gradientes territoriales de habitabilidad en la conurbación interior Valparaíso-Viña del Mar. *Revista de Arquitectura*, 15(1), 22-32. <https://doi.org/10.14718/revarq.2013.15.1.3>

- Moraga, J. L., Cañete, O., y López, M. (2013). Modelos locales de densificación según gradientes territoriales de habitabilidad en conurbación interior Valparaíso-Viña, Rodelillo Alto. *Revista de Arquitectura*, 15(1), 22-32. <https://doi.org/10.14718/revarq.2013.15.1.3>
- Organización de las Naciones Unidas, ONU. (2012). *Cómo desarrollar ciudades más resilientes. Un Manual para líderes de los gobiernos locales*. Recuperado de: http://www.unisdr.org/files/26462_manualparalidere sdelosgobiernosloca.pdf
- Pino, A. (2013a). Ciudad y hábitat informal: las tomas de terreno y el autoconstrucción en las quebradas de Valparaíso. *Revista INVI*, 48(28), 109-140. <https://doi.org/10.4067/s0718-83582013000200004>
- Pino, A. (2013b). Re-composición de la ruralidad en el imaginario urbano: el caso de las quebradas de Valparaíso. *Revista Márgenes, Espacio, Arte y Sociedad*, 10(13). Recuperado de <http://revistas.uv.cl/index.php/margenes/article/view/329>
- Pino, A. (2014). *Quebradas de Valparaíso. Memoria social autoconstruida*. LOM: Santiago de Chile.
- Pino, A. (2015). Elementos para una discusión urbana en Valparaíso, a propósito del filme La Vorágine. Recuperado de <http://www.plataformaurbana.cl/archive/2015/08/29/elementos-para-una-discusion-urbana-en-valparaiso-a-proposito-del-filme-la-voragine/>
- Rebotier, J., López Peláez, J., y Pigeon, P. (2013). Las paradojas de la resiliencia: miradas cruzadas entre Colombia y Francia. *Territorios*, 28, 127-145. Recuperado de <https://revistas.urosario.edu.co/index.php/territorios/article/view/2555>
- Salingaros, N. (2000). The structure of pattern languages. *Architectural Research Quarterly*, 4(2), 149-162. <https://doi.org/10.1017/S1359135500002591>
- Salingaros, N. y Pagliardini, P. (2010). Geometría y vida del espacio urbano. *Cuadernos de Arquitectura y Nuevo Urbanismo*, 6-7(7-20=). Recuperado de <http://zeta.math.utsa.edu/~yxk833/Geometriayvida.pdf>
- Villagra, P. y Rojas, C. (2013). Dimensiones física y cultural de la resiliencia post-desastre: ¿son compatibles en ciudades Chilenas? *Revista Geográfica del Sur*, 6, 85-102. Recuperado de: <http://www.revgeosur.udec.cl/?p=211>
- Waisberg, M. (1994). *La traza urbana. Patrimonio consolidado de Valparaíso*. Buenos Aires: Centro Internacional para la Conservación del Patrimonio.